



JOSÉ MANUEL  
GARCÍA-MARGALLO

# MEMORIAS HETERODOXAS

De un político  
de extremo centro

PENÍNSULA **HUELLAS**

# **Memorias heterodoxas**

De un político de extremo centro

**José Manuel García-Margallo**

*ediciones península*

© José Manuel García-Margallo c/o Thinking Heads, 2020

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero de 2020

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2020  
Edicions Península,  
Diagonal 662-664  
08034 Barcelona  
[edicionespeninsula@planeta.es](mailto:edicionespeninsula@planeta.es)  
[www.edicionespeninsula.com](http://www.edicionespeninsula.com)

PAPYRO - fotocomposición  
DEPÓSITO LEGAL: B.-26.309-2019  
ISBN: 978-84-9942-871-0

## ÍNDICE

1. Los años de formación	11
2. Comienza mi actividad política	31
3. Por fin, la democracia	53
4. Esplendor en la hierba de UCD	81
5. Suárez, de solución a problema	101
6. Suárez y UCD, en caída libre	129
7. El cambio y la presidencia imperial	153
8. En busca del centro perdido	167
9. El PP refundado toma forma	191
10. Mi larga etapa en Europa	211
11. Los años de Aznar	229
12. Zapatero, presidente por sorpresa	253
13. El Stalingrado de Zapatero	275
14. La época de Rajoy	301
15. Ministro de Exteriores en un mundo en cambio	323
16. Veinte vueltas al mundo en avión	343
17. Satisfacciones y disgustos diplomáticos	367
18. La política interior del ministro de Exteriores	393
19. El futuro por delante	419
Índice onomástico	451

## LOS AÑOS DE FORMACIÓN

El pasado nunca está muerto. Ni siquiera es pasado.

WILLIAM FAULKNER

## ANTECEDENTES FAMILIARES

Nací en Madrid el 13 de agosto de 1944, el mismo día que Fidel Castro —aunque dieciocho años más tarde— y solo dos meses después del Día D, en que los aliados comenzaron a liberar a Europa del terror nazi. Mi familia vivía entonces en Murcia, pero mi madre llevaba un par de meses en Benidorm, que era entonces un pueblecito muy pequeño —almadraba y ocre— de aspecto tan caribeño que allí rodó Juan de Orduña en 1951 su película *Alba de América*, en la que, por cierto, hice de paje de Colón en una escena que, incomprensiblemente, no ganó el Óscar. Nací, como he dicho, en Madrid porque, con buen criterio, mis padres creyeron que era más seguro venir al mundo en casa de mis abuelos que en cualquiera de las precarias instalaciones sanitarias de la España de entonces.

Mi padre, Manuel García-Margallo y Riaza —fallecido poco antes de escribir estas líneas, con 101 años—, fue el tercer hijo de un coronel de caballería, de nombre Alfonso, quien a su vez era el único de los tres vástagos del general García-Margallo que no sucumbió en Annual, aunque falleció también muy jo-

ven. Nada más empezar a estudiar Derecho, mi padre se afilió a las Juventudes de Acción Popular, sección juvenil de la Confederación Española de Derechas Autónomas de José María Gil-Robles. En 1936, con dieciocho años y al llegar la guerra, fue denunciado por el portero de su casa, detenido y llevado a una checa, de la que se escapó. Le dejaron ir al cuarto de baño y, aprovechando el barullo, se fugó. Como no podía regresar al domicilio familiar, se refugió en el sótano de la tienda de su camisero en la Gran Vía, hasta que este le pidió que buscara otro escondite. Lo encontró en la embajada de Finlandia, hasta que esta fue asaltada y mi padre volvió a ser enchironado.

Por entonces ya se había producido el exilio de mi abuelo materno, padre de su futura esposa —mi madre—, María de la Esperanza Marfil Calleja, hija de una familia conservadora de Ávila. Gracias a su futuro suegro, mi padre también se exilió en Francia, aunque enseguida regresó y se alistó en el Ejército nacional. Como universitario, fue a la Academia de Transformación de Ávila, se hizo alférez provisional y estuvo en los frentes de Teruel, Ebro y Madrid. Finalizada la guerra, decidió no seguir en el Ejército, terminar la carrera y ganar la oposición a inspector de Timbres. Su primer destino fue Murcia. Allí trabó amistad, entre otras muchas, con personas ideológicamente tan alejadas como el notario de Cieza, Blas Piñar, o el catedrático de Derecho Político, Enrique Tierno Galván. Pasados los años, ambos fueron testigos de mi primera boda en el valenciano monasterio del Puig, enlace que apadrinaron don Juan y doña María de las Mercedes, condes de Barcelona.

Mi abuelo materno, Mariano Marfil García, fue todo un personaje: coronel de Intendencia, abogado, redactor-jefe de *La Época*, diputado a Cortes y académico de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. Revolviendo entre sus papeles, encontré el librito *Biografía de "La Época"*, publicado por Luis Araujo Acosta en 1946, que contiene una perla que no me resisto a reproducir: «Mariano Marfil era un escritor fino y

muy hábil en el manejo oportuno de palabras, frases y conceptos; de cultura extensa y bien asentada. Sutil en el ingenio y a veces mal intencionado, no le fue ajena la “perversa maestría” de que le acusó en cierta ocasión Primo de Rivera». Como de casta le viene al galgo, eso de «perversa maestría» también me lo aplicaron después algunos de mis queridos compañeros de partido. Los que me quieren menos eligieron otros calificativos.

En los rifirrafes entre conservadores, mi abuelo se alineó con Eduardo Dato, a quien acompañaba en el coche el día que fue asesinado, 8 de marzo de 1921. Por fortuna, él se apeó a la altura de la iglesia de las Calatravas para reunirse con mi abuela, que era de mucho rezar; solo unos metros más allá, Dato fue acribillado a tiros. El nuevo presidente del Consejo de Ministros, José Sánchez Guerra, lo nombró subsecretario de la Presidencia. Tenía treinta y tres años, la misma edad que yo cuando me senté por primera vez en un escaño y fui nombrado director general. Como se lee en el librito mencionado, mi abuelo «pudo ser ministro con el general marqués de Estella [Miguel Primo de Rivera]. Pero no quiso. Estaba envenenado por prejuicios liberales». Lo de los «prejuicios liberales» es un clásico en la literatura de posguerra que se repitió hasta la muerte de Franco. Pero fue precisamente el abandono de esos prejuicios —el «agostamiento del arroyuelo liberal» del que habló Azaña— lo que precipitó el conflicto. Un aviso a navegantes hoy empeñados en dinamitar inconscientemente el orden constitucional que nos dimos en la Transición.

Cuando se proclamó la República, mi abuelo tenía bajo sus órdenes a dos personas que pronto serían muy significativas: el general Emilio Mola, como director general de Seguridad, y el general José Sanjurjo, como director general de la Guardia Civil. Aquel día, el 14 de abril, mi abuelo era el más alto cargo presente en el Ministerio de Gobernación y fue el encargado de transmitir el poder al nuevo régimen en la persona de Miguel Maura. A diferencia de otros, mi abuelo no

cambió de lealtades y se retiró a la vida privada. Siguió ejerciendo como abogado y periodista y fue nombrado presidente de la compañía ferroviaria Madrid-Zaragoza-Alicante, cosa que le salvó la vida, porque fueron los Rothschild, dueños de la empresa, los que le sacaron de Madrid cuando estalló la guerra. Escribió varios libros, entre ellos uno titulado *Relaciones entre España y la Gran Bretaña desde las paces de Utrecht hasta nuestros días* (1907), en el que abogaba por estrechar la amistad entre ambos países, siempre y cuando nos devolviesen Gibraltar.

Por su parte, mi bisabuelo paterno fue el general y gobernador de Melilla Juan García-Margallo, que murió de un tiro en la cabeza el 28 de octubre de 1893, durante la llamada «guerra de Margallo». Se enfrentó al mando de cuatrocientos hombres a unos seis mil bereberes sublevados porque los españoles estaban construyendo un cuartel junto al cementerio de Sidi-Guariach, donde yacía un santón local. Cuando le advirtieron que estaba al alcance de los disparos del enemigo, mi bisabuelo tan solo replicó: «Ese es nuestro deber: estar donde caen las balas». Cumplió con su deber hasta el final aquel mismo día.

#### FORMACIÓN Y ESCARCEOS POLÍTICOS

Mis primeros estudios los hice en Murcia, primero con unas monjas cuyo nombre no recuerdo —ni el particular de cada una de ellas ni el de la congregación— y luego en los maristas. En este último colegio, como era por entonces norma, la jornada empezaba con el izado de la bandera a los acordes del himno nacional. En cambio, en el de San Ignacio de San Sebastián, regentado por los jesuitas, en el que cursé todo el bachillerato, lo que ocurría es que algunos de mis compañeros llevaban en las ruedas de sus bicicletas una bandera italiana. Uno de ellos me explicó que eso no respondía a una súbita pa-



sión transalpina, sino más bien a un alarde «por delegación» de los colores —verde, blanco y rojo— de la ikurriña. Por eso soy muy consciente de que el adoctrinamiento en las escuelas ha sido capital para avivar el fuego nacionalista en Cataluña y Euskadi, y mucho me temo que, si no acabamos con él, en algunos años habremos perdido la batalla.

En el colegio había de todo. Compañeros de clase fueron Juan de Dios Doval, abatido a tiros por ETA el 30 de octubre de 1980 —solo siete días después de que hubiésemos coincidido en el entierro de otro antiguo compañero, Jaime Arrese—, y Ernesto Arrondo, encarcelado por aberzale y del que siempre recuerdo emocionado que, cuando celebramos el quincuagésimo aniversario de nuestra promoción, vino desde la otra punta de la iglesia para darme un abrazo. No era compañero mío de colegio, pero sí buen amigo, Francisco Letamendía, el abogado y político aberzale, al que luego reencontré, metamorfoseado en *Ortzi* y como representante de Euskadiko Ezkerra, en las Cortes constituyentes.

Mi padre decidió completar mi formación —entonces pensé que cruelmente— con salidas al extranjero y, con solo nueve años, me mandó a una colonia de vacaciones en Lorient, en la Bretaña francesa. Logré sobrevivir dedicando horas y horas a aprender una lengua que me era totalmente ajena. Recuerdo que cuando volví a casa, mi padre aprovechó una comida con sus amigos para preguntarme: «¿Cuántos extranjeros había en tu campamento?». «Todos eran extranjeros, menos yo», contesté. Entre risas, me corrigió: «No, el único extranjero eras tú». Aquella chanza no me hizo gracia, pero con el tiempo comprendí que no hay una sola percepción del mundo, sino tantas como individuos. Ponerse en los zapatos de los otros e intentar entenderles es el primer paso para empezar a andar por el mundo.

Los dos veranos siguientes, 1954 y 1955, repetí viaje estival a Francia. Después reviví la experiencia —pero con el inglés— en Irlanda, pues mi madre la prefirió a Inglaterra, que,

para su gusto, era «demasiado» protestante. En mis primeros quince días memoricé los cuatro tomos del *Essential English for Foreign Students* de C. E. Eckersley, que aún conservo en mi biblioteca. También en este caso repetí la experiencia otros dos veranos.

En 1960 ingresé en la universidad jesuita de Deusto, cuyos títulos aún no eran oficiales. El de Ciencias Económicas porque nuestro programa era diferente al de las facultades oficiales, y el de Derecho porque no contaba con el porcentaje de catedráticos que exigía la legislación vigente. Así las cosas, los dos primeros años tuve que ir a Valladolid para convalidar todo lo aprobado en Deusto. Al acabar segundo, la cosa cambió y se nos dio a elegir entre desplazarnos a la capital vallisoletana o revalidar la carrera ante un tribunal mixto de profesores de Deusto y Valladolid presidido por un catedrático nombrado por el Ministerio. No sé qué era peor, porque si en Valladolid nos esperaban con la escopeta cargada, en Deusto la reválida se convirtió en una prueba diabólica en la que podían preguntarte sobre cualquier cuestión relacionada con la carrera. Como yo sabía que lo mío no era la empresa, sino el servicio público, cuando terminé los tres primeros cursos en la Universidad Comercial (Derecho y Ciencias Económicas), decidí cambiarme a la Universidad Literaria para estudiar cuarto y quinto en un solo curso. Las cosas me fueron bien, pues ese mismo año aprobé la reválida y empecé a preparar unas oposiciones que se las traían. Pero de eso hablaré luego.

Ese mismo año, a los dieciséis, comencé mi actividad política al afiliarme a las Juventudes Monárquicas Españolas (JUME), grupúsculo de juanistas que nos reuníamos para oír charlas y debatir. Nuestra fuente de información era el *Boletín de la Secretaría del Consejo Privado de S. A. R. el Conde de Barcelona*, que nos traía noticias fidedignas de Estoril. Cuando tuvimos un poco de dinero, pusimos en circulación la revista *Realidad 64*, que intentaba encauzar nuestras inquietudes políticas y favo-

recer la preparación de la salida de la dictadura. Como se leía en uno de sus editoriales: «*Realidad 64* pretende fomentar la inquietud política en una universidad que por sus posibilidades e historia está llamada a ser portaestandarte de la Patria». Su nombre hacía referencia a nuestras convicciones, pero también pretendía denunciar la ficción en que el Régimen vivía entonces. Con la mayor naturalidad, me autonombré director. El redactor jefe era Fernando Eguidazu; el secretario, Miguel Espel; y en el consejo de administración estaban Luis Arellano, Antonio Espasa, Norberto Ferrer, Begoña Gisbert, J. González de Zárate y Carlos Querol. Por allí andaba también un periodista bilbaíno, Pedro Erquicia, que años después saltaría a la fama cuando se supo que había propiciado el primer encuentro entre don Felipe y doña Letizia.

Me afilié a la JUME desde la convicción de que don Juan era el único que podía garantizar un cambio pacífico, como había expresado inequívocamente en su «Manifiesto de Lausana», publicado en esa ciudad suiza el 19 de marzo de 1945, poco antes de finalizar la Segunda Guerra Mundial, en el que se leía:

[...] Solo la Monarquía Tradicional puede ser instrumento de paz y de concordia para reconciliar a los españoles; solo ella puede obtener respeto en el exterior, mediante un efectivo Estado de Derecho, y realizar una armoniosa síntesis del orden y de la libertad en que se basa la concepción cristiana del Estado. [...] Por estas razones, me resuelvo [...] a levantar mi voz y requerir solemnemente al General Franco para que [...] abandone el poder y dé libre paso a la restauración del régimen tradicional de España [...]. Primordiales tareas serán: aprobación inmediata, por votación popular, de una Constitución política; reconocimiento de todos los derechos inherentes a la persona humana y garantía de las libertades políticas correspondientes; establecimiento de una asamblea legislativa elegida por la nación; reconocimiento de la diversidad regional; amplia amnistía política; una más justa distribución de la riqueza y la supresión de injustos contrastes sociales [...].

Yo era monárquico por familia, pero lo que me atrajo definitivamente de don Juan fue su llamamiento a la reconciliación nacional. Uno de los debates recurrentes y de los grandes motivos de discrepancia con mi padre es que siempre sostuve que Franco habría hecho un gran servicio al país si, como le pidió don Juan, hubiese permitido la formación de un Gobierno entre las dos fuerzas que empezaban a construir Europa, por entonces representadas en España por los democristianos de José María Gil-Robles y los socialdemócratas de Indalecio Prieto. Mi padre siempre replicaba que las heridas de la Guerra Civil no estaban aún cerradas y que la restauración monárquica se hubiese saldado con la vuelta de los comunistas. Yo le decía que, estando el continente dividido por el Telón de Acero, eso no era posible. En Italia se toleraba que el Partido Comunista —el que más luchó contra el fascismo— ganara algunas elecciones locales y gestionara algunas alcaldías, pero nunca que llegara al Gobierno nacional. El primer político que pidió un compromiso histórico que desbordase eso fue Aldo Moro, y lo mataron. Lo mismo pasaba en el otro bloque, en que se aplastaron los movimientos contrarios de 1956 en Checoslovaquia o Hungría. Aquello se sobreentendía que era área de influencia soviética, de modo que nadie entraba y, sobre todo, nadie se salía de ese esquema. Es decir, aquí hubiera habido un Partido Comunista con su correspondiente sindicato, pero hubiésemos permanecido dentro de los parámetros de las democracias liberales de nuestro entorno con un anclaje muy firme en Occidente.

Estoy convencido de que, si España hubiese dado ese paso con un Gobierno democrático al uso de los países vencedores, nos hubiésemos ahorrado muchos años de sufrimiento. Hubiésemos entrado en el Plan Marshall, en la CEE, en la Alianza Atlántica y en el resto de los foros internacionales. Para mí, don Juan era la persona que podía hacer esa transición evitando los riesgos y calmando los miedos de quie-

nes temían que volvieran los comunistas. Mi padre hablaba muy poco de la guerra, pero yo la tenía muy presente. Para mí, ambos bandos —las dos Españas— morían por el mismo país y me parecía que había que resolver definitivamente aquel enfrentamiento. Eso lo plasmaría muy bien la letra de la por entonces popular canción *Libertad sin ira* (1976) del grupo Jarcha:

Dicen los viejos que en este país hubo una guerra / y hay dos Españas que guardan aún / el rencor de viejas deudas. / Dicen los viejos que este país necesita / palo largo y mano dura / para evitar lo peor. / Pero yo solo he visto gente / que sufre y calla / dolor y miedo. / Gente que solo desea su pan, / su hembra y la fiesta en paz. / Libertad, libertad sin ira, libertad. / Guárdate tu miedo y tu ira / porque hay libertad, sin ira, libertad, / y si no la hay, sin duda la habrá.

#### EL AMBIENTE POLÍTICO UNIVERSITARIO

En el verano de 1962, leí las conclusiones del IV Congreso del Movimiento Europeo, celebrado en Múnich el 8 de junio. Este encuentro, que el Régimen tildó de «Contubernio de Múnich», reunió a todas las tendencias opositoras al franquismo (excepto el Partido Comunista de España, PCE) tanto del interior como del exilio, que aprobaron una resolución conjunta que condicionaba la adhesión española a la CEE al establecimiento en el país de instituciones democráticas y exigía:

1. La instauración de instituciones auténticamente representativas y democráticas que garanticen que el Gobierno se basa en el consentimiento de los gobernados.
2. La efectiva garantía de todos los derechos de la persona humana, en especial los de libertad personal y de expresión, con supresión de la censura gubernativa.

3. El reconocimiento de la personalidad de las distintas comunidades naturales.
4. El ejercicio de las libertades sindicales.
5. La posibilidad de organización de corrientes de opinión y de partidos políticos.

Ante esa irrefutable llamada a la sensatez y la concordia, la respuesta franquista a lo que se percibió como una alianza entre «enemigos y traidores» fue furiosa y fulminante: el mismo 8 de junio, el Gobierno suspendió por dos años en todo el territorio español el artículo 14 del Fuero de los Españoles relativo a la libertad de residencia, y los participantes que se atrevieron a regresar a España —calificados, en el más benévolo de los casos, de «vendepatrias»— fueron detenidos y desterrados a Fuerteventura y otras islas canarias. Allí fueron, por ejemplo, Fernando Álvarez de Miranda, Jaime Miralles, Jesús Barros de Lis, Joaquín Satrústegui, Íñigo Cavero, José Luis Ruiz-Navarro, Félix Pons y Joan Casals. Otros, como José María Gil-Robles, Dionisio Ridruejo, Jesús Prados Arrarte, José Federico de Carvajal y José Vidal-Beneyto, fueron obligados a exiliarse. Paralelamente, los medios de comunicación oficialistas desencadenaron una virulenta campaña contra ellos, en la que no faltaron los insultos personales más zafios y groseros.

El Contubernio se cerró con unas bellísimas palabras de Salvador de Madariaga en loa de la reconciliación nacional y que yo he hecho mías con frecuencia: «Los que antaño escogimos la libertad perdiendo la tierra y los que escogisteis la tierra, perdiendo la libertad, nos hemos reunido para otear el camino que nos lleve juntos a la tierra y a la libertad». A mí aquello me pareció siempre un hito tan crucial para el futuro de España que lo primero que hice al tomar la responsabilidad ministerial en 2011 fue organizar una exposición en homenaje a aquellos españoles patriotas.

La intolerancia del Régimen seguía, pues, en pleno vigor, pero por debajo bullía mucha actividad sociopolítica que se manifestaba, cómo no, en la universidad. En la de Deusto di mis primeros pasos en la política activa. En aquella época era una universidad más tranquila que las públicas, pero no por ello exenta de agitación. Conocí a nacionalistas, carlistas, juanistas y a algún socialista, aunque no a falangistas ni comunistas. En mi estancia universitaria conocí también de primera mano lo que era el terrorismo de ETA, que se acababa de fundar en Bilbao en 1959, pero no conocí a ningún etarra hasta bastante después. Los nacionalistas hacían poco ruido por razones obvias. Sospecho que entre nuestros profesores había muchos de obediencia sabiniana, pero la verdad es que no hacían alarde y los que no éramos aberzales nunca nos sentimos discriminados.

Las desavenencias entre carlistas y juanistas versaban sobre los títulos de nuestros respectivos pretendientes y, lo que es más importante, sobre el carácter que debería revestir la futura monarquía. Esta disputa puede parecer hoy banal, pero no lo era entonces, porque Franco, con su conocida habilidad para dividir a los suyos, se había limitado a legislar que le podría suceder a título de rey cualquier persona de estirpe regia. Pretendientes podían ser don Juan y sus descendientes, su hermano don Jaime y sus hijos, don Javier y los suyos, y hasta Otto de Habsburgo, que también fue sondeado por Franco, según me confesó cuando compartimos escaño en el Parlamento Europeo. Franco abrió una especie de *beauty contest* dinástico como no se recordaba en España desde que Prim ofreció la Corona a Amadeo de Saboya, a un descendiente de Napoleón y a Leopoldo de Hohenzollern-Sigmaringen, a quien, por cierto, los chuscos conocían como Leopoldo *Olé-olé-si-me-eligen*.

Pero ya digo que los rifirrafes entre nosotros no se referían solo a los derechos dinásticos, sino también a cuestiones

ideológicas. Los javieristas eran profundamente tradicionalistas y, por tanto, antiliberales. Don Juan de Borbón representaba exactamente lo contrario. En el Manifiesto de Lausana se había decantado por una monarquía moderada, democrática y constitucional, lo que le había sentado francamente mal a Franco. Y es que las relaciones entre uno y otro pasaban del frío al calor casi sin transición. Me lo contaría don Juan Carlos en alguno de los viajes en que tuve la fortuna de acompañarle: «Cuando papá y Franco se enfadaban, Juanito a Lisboa; cuando volvían a hacer las paces, Juanito a Madrid».

#### MONÁRQUICO POR CONVICCIÓN

En 1965 hice la Milicia Aérea Universitaria en Burgos, entre otros, con Carlos Espinosa de los Monteros, Gregorio Marañón y Miguel Ángel Aguilar. Entre todos decidimos —cuando no era nadie, como ella misma dice con humor— hacer a doña Sofía madrina de nuestra promoción. Aquel fue un acto ciertamente no inocente que provocó un enorme malestar en el mando del Ejército del Aire. Nuestro coronel nos dijo que la institución no quería entrometerse en cuestiones dinásticas, pero, naturalmente, no se atrevió a anular el acto y eso determinó que, luego, con cierta periodicidad, los alféreces de esa promoción hayamos tenido contacto esporádico con la reina Sofía como madrina nuestra.

En 1968, cuando yo todavía estaba haciendo oposiciones, nació el actual Rey y, con ese motivo, volvió brevemente a España, por primera vez desde que se exiliara, la reina Victoria Eugenia, su bisabuela. Allá que nos fuimos a recibirla un grupo de monárquicos con banderas españolas. Quizás el momento más emotivo de aquel reencuentro fue cuando don Juan la recibió al pie de la escalerilla de su avión y la reina Victoria le hizo la reverencia de corte en pleitesía al Jefe que



era de la Casa Real. La Reina se alojó en el palacio de Liria y los falangistas más duros decidieron dar colorido a su estancia llenando las aceras de carteles con mensajes tan poco amables como «No queremos reyes idiotas» y «Ni Borbones ni banqueros, Falange con los obreros», pintoresco eslogan para un partido fundado por un aristócrata y que había concurrido a las elecciones de 1933 en las listas de una formación tan conservadora como la Unión Agraria y Ciudadana.

El año siguiente, 1969, don Juan Carlos fue proclamado sucesor a título de rey. Lo que pasó me lo contó tiempo después él mismo: «Yo estaba en Estoril a punto de salir para Madrid. Mi padre me dijo: “Juanito, me vas a traicionar”. Cuando llegué a Madrid, me estaban esperando para llevarme a El Pardo. Franco me preguntó directamente: “Alteza, ¿está Usted dispuesto a sucederme a título de rey?”. Le pedí tiempo para contestarle, pero me dijo que no, que tenía que contestar en el acto. Reiteré mi petición argumentando que tenía que consultar con algunas personas. “Precisamente como no quiero que consulte con nadie, tiene Usted que contestar ahora”, me dijo Franco».

El final de la historia es conocido: don Juan Carlos aceptó. Lo que no es tan sabido es que, en cuanto llegó a su residencia, llamó a su madre y le dijo: «Mami, lo que temíamos que iba a suceder ha sucedido». Al enterarse, don Juan tuvo un enfado monumental. Padre e hijo no se reconciliaron hasta verse en Portugal y fundirse los dos en un emocionado abrazo, llorando.

Esta maniobra de Franco causó una gran conmoción en el mundo monárquico. A mí personalmente la forzada ruptura de don Juan y don Juan Carlos no me hizo ninguna gracia, no solo porque rompía el orden dinástico, sino porque temíamos que la instauración monárquica —que no restauración— en la figura de don Juan Carlos fuese un intento de entronizar una monarquía continuadora del Régimen. Cosa que luego no ocurrió, pero que, en aquel momento, era una hipótesis nada descartable.

## INSPECTOR TÉCNICO FISCAL DEL ESTADO

Mi actividad política desde que salí de Deusto fue muy limitada, al estar plenamente centrado en labrarme una posición en la vida. A tal fin, en octubre de 1968 ingresé por oposición —muy dura porque solo había doce plazas para más de mil aspirantes— en el Cuerpo de Inspectores Técnicos Fiscales del Estado. Mi primer destino fue Castellón, aunque también tuve que ocuparme de Teruel, porque en aquella época los inspectores en activo éramos pocos. Pasé allí dos años y los dos siguientes en Guipúzcoa, donde el clima político y social estaba ya muy enrarecido. A los pocos días de llegar a San Sebastián se celebró el proceso de Burgos contra 16 militantes de ETA. La reacción popular fue inmediata: estudiantes, trabajadores y ciudadanos de a pie se movilizaron en el País Vasco y el Gobierno declaró el estado de excepción.

Digo que no hice política activa, pero sí me preparé para ella, pues siempre he creído que es bueno que los políticos tengamos una sólida preparación intelectual y, además, que no dependamos de la política para vivir. Solo así se puede decir en cada momento lo que se piensa y solo así se puede hacer en cada momento lo que se considere mejor para el país. Solo así sobrevivimos los heterodoxos. Por desgracia, cada vez con mayor frecuencia se encuentra a personas que, tras llegar a ella sin cualificación alguna, han hecho de la política su única actividad. Muchos empezaron su andadura en las organizaciones juveniles de los partidos y abandonaron los estudios para ocupar su primer cargo político. Así, la política se convierte en una carrera a la que hay que dar continuidad a cualquier precio, y uno, de alguna manera, en un político «mercenario».

Las leyes electorales han empeorado mucho la situación al disponer que diputados y senadores no puedan desempeñar actividad pública o privada alguna, con excepciones muy tasadas, como docentes o investigadores, o de producción li-

teraria, artística o científica. Esta prohibición disuade a muchos profesionales de entrar en una actividad política bastante desprestigiada y desagradecida. Un auténtico dislate con unos costes sociales que todavía no hemos sido capaces de calibrar. Lo explica muy bien mi amigo Mario Garcés: «En la Transición y en la época inmediatamente posterior, la gestión de la *res publica* se encomienda a políticos profesionales, después pasa a manos de profesionales de la política».

### MI ESTANCIA EN HARVARD

Era tradición en el cuerpo de inspectores fiscales que el número uno de cada promoción se fuera un tiempo a alguna institución extranjera de renombre para ampliar estudios. Yo era número dos de mi promoción y, por tanto, no tenía acceso a esa ampliación de estudios, pero un día me convocó el secretario general técnico, Félix de Luis, y me dijo que el número uno, Antonio Fernández Cuevas, había renunciado. Al quedar su plaza libre, me preguntó si quería ir yo. «¡Por supuesto! —le dije sin pensarlo—. Es una gran oportunidad.»

Inmediatamente, empecé a prepararme. Aquel verano me fui a Londres a perfeccionar mi inglés. En eso estaba, cuando un día me volvió a llamar De Luis y me convocó urgentemente en Madrid. Vine y me comunicó que había que anular mi viaje a Harvard porque el ministro de Hacienda, Alberto Monreal, se había puesto muy nervioso porque se le estaba cayendo la recaudación y había decidido que nadie saliera de la Inspección para no debilitarla. Le dije que lo lamentaba mucho, pero que lo tenía todo preparado y que me iba a ir a estudiar a Estados Unidos de todas todas.

La fórmula con que te retribuían durante esos viajes de estudios era que te destinaban a la Secretaría General Técnica, en Madrid, y te ponían un sueldo como si realmente trabajases

en ella. De Luis me dijo que si me iba sin el correspondiente permiso administrativo, corría el riesgo de quedarme sin retribución y, tal vez, sin puesto de trabajo.

Así las cosas, pedí un crédito personal en la Kutxa y me tuve que ir en unas condiciones muy precarias. A título anecdótico diré que cuando llegamos a Harvard mi mujer y yo, tras pagar la matrícula y los primeros gastos de acomodo, nos quedaron solo treinta dólares en la cuenta. En aquel momento no había casi tarjetas de crédito, así que tuvimos que pedir una transferencia de fondos urgente a la familia, pero, por alguna razón, aquella «urgencia» se transformó en un mes largo de espera. Lo único de que disponíamos para subsistir era una tarjeta del Diners Club con la que se podía cenar, por ejemplo, en el Waldorf Astoria, pero no comprar una docena de huevos y una barra de pan. El único establecimiento de alimentación donde podíamos pagar era una tienda *delicatessen* de Massachusetts Avenue. Así que, durante un mes largo, todas nuestras comidas y cenas fueron a base de productos *gourmet* de aquella tienda. Debieron pensar que era un jeque árabe, porque comimos cosas absolutamente fantásticas. Mal que bien sobrevivimos, pero de forma tan modesta que, cuando tuvimos que desalojar nuestro apartamento de Chauncy Street, nadie quería llevarse nuestros desvencijados muebles usados. Nos dieron veinticinco dólares.

En lo personal, fue una experiencia muy enriquecedora. Muchos habían preferido ir al Banco Mundial. El primero que fue a Harvard fue mi mentor Francisco Fernández Ordóñez, que hizo allí el International Tax Program, al igual que harían después Dionisio Martínez y Carlos García de Vinuesa, dos de sus subsecretarios. Siguiendo su estela, me matriculé en 1972 en ese mismo programa, que reunía a altos funcionarios de los Ministerios de Economía y Hacienda de unos veinte países de todo el mundo. Siempre sospeché que era un programa ideado por la CIA para ganar amigos en los países del Tercer Mundo. De hecho, en mi promoción solo hubo tres europeos: un francés, un belga y yo.

Nada más matricularme, te hacían una prueba de nivel en contabilidad y economía. Si lo pasabas, te dispensaban de acudir a esas clases. Como me las convalidaron, me quedó mucho tiempo libre, que decidí aprovechar matriculándome también en Derecho para obtener el Master of Laws, que consistía en tres cursos anuales, pero en mi caso, por tener hecha previamente la carrera española y haber superado las oposiciones, me permitieron incorporarme en tercero y cursar solo ese último año entero. Por tanto, me gradué en el International Tax Program y conseguí el apreciadísimo título de Master of Laws, con especialidad en derecho de sociedades, materia por entonces aún en mantillas en España, pero que a mí me pareció un mundo apasionante... Ya saben ustedes aquello que dijo el torero el Gallo al conocer a Ortega y Gasset y contarle este que era filósofo: «¡Tié q'haber gente pa' tó».

Pese a la falta de tiempo libre, como mi estancia coincidió con la campaña de las elecciones presidenciales de Richard Nixon contra George McGovern, fui al cuartel demócrata de Harvard en plena campaña y me ofrecí para colaborar como voluntario. Elegí obviamente a los demócratas porque mi «prejuicio liberal» me acercaba mucho más a McGovern que a Nixon y porque Harvard era un semillero demócrata y allí ser republicano era como ser budista en el Vaticano.

Mi ayuda —aclaro, por si alguien tiene dudas, que no fue capital para la campaña— consistió básicamente en llamar por teléfono a los ciudadanos de una lista y, si se dejaban, endosarles el argumentario demócrata. Pero me permitió seguir la campaña con mucha pasión. Estábamos viviendo aún la resaca del espíritu del 68 y sus muchas manifestaciones: los Black Panthers, el movimiento de Derechos Civiles, la contestación universitaria a la guerra de Vietnam y, luego, el principio de la caída de Nixon con el Watergate. Fue una experiencia absolutamente fascinante. Me sorprendió mucho que, en las manifestaciones, por violentas que fueran, cuando sonaba el himno

estadounidense, la gente se ponía de pie sin dudarlo. A mí el patriotismo estadounidense siempre me ha maravillado y lo he envidiado. En aquel momento, los norteamericanos empezaban a asumir que iban a ser derrotados en Vietnam, lo que dio lugar a una etapa de retraimiento que duró hasta la llegada de Ronald Reagan. Habían perdido su sentido del porqué, algo muy difícil de digerir por la sociedad estadounidense. Fue una etapa de cambio drástico.

Desde el punto de vista académico, la verdad es que donde aprendí realmente derecho fue en Harvard, sobre todo gracias a su metodología académica, una especie de método socrático puesto al día. Para preparar las clases, cada catedrático señalaba una serie de lecturas que ofrecían puntos de vista diferentes sobre una misma cuestión. Luego, él conducía el debate en clase hasta llegar a la conclusión que buscaba, pero sobre la base de que tú defendías una tesis y, cuando no le convenía, te cortaba preguntándote: «Pero ¿ha tenido usted en cuenta esto o aquello otro?». Así, gracias a esa mayéutica, el alumno acababa por rendirse y entonces él cogía de nuevo el hilo conductor.

Harvard fue una experiencia universitaria impresionante. Basta solo con pensar en sus bibliotecas. Hice allí dos tesis, una en torno al impuesto sobre el valor añadido y otra sobre las haciendas federales, y pude comprobar que la biblioteca fiscal en español de Harvard era más importante que la que tenía en España el Instituto de Estudios Fiscales. Además, la posibilidad de intercambiar dudas y criterios con los mayores expertos del mundo era realmente muy enriquecedora. El simple hecho de ver cómo te orientaban los trabajos ya era apasionante.

También me sorprendieron los métodos de evaluación de algunas asignaturas mediante *take home exams*, que consistían en que te daban un tema para preparar un texto donde preferieras y entregarlo al día siguiente. Recuerdo que en la asignatura Sistema Fiscal Comparado me tocó el tema «Una reforma fiscal para Turquía». Tuve que ir a la biblioteca y descifrar

la economía turca para diseñar un sistema fiscal consistente con su realidad, porque no es lo mismo un sistema tributario para Finlandia que para Turquía, aunque algunos ministros de Hacienda españoles no lo hayan entendido nunca.

En lo personal, he de decir que de la vida en Harvard me sorprendieron algunas cosas. Por ejemplo, que en las fiestas universitarias se ingería mucho alcohol y, quien más quien menos, perdía los papeles. Recuerdo a uno de mis profesores adjuntos que se pasó una *party* entera arrastrando un frigorífico por la casa. A todo el mundo aquello le parecía de lo más normal y corriente. Al cruzarme con él el lunes siguiente, le hice una pequeña broma sobre el frigorífico «móvil» y me contestó muy serio que de esas cosas no se habla jamás. Así aprendí qué es la *privacy*. Otro ejemplo de lo mismo es que en las clases todos teníamos sitios previamente asignados para que los profesores pudieran controlar las asistencias y las intervenciones. Uno de los primeros días le pregunté a mi compañera de mesa qué tal le había salido un examen. Ella me miró espantada y me dijo que eso pertenecía a su *privacy*. Así que le dije: «Intentaba ser amable, pero no te preocupes: nunca te volveré a hacer semejante pregunta tan “privada”».

Al acabar los estudios, me ofrecieron quedarme en Estados Unidos en un gran despacho y hacerme cargo de la sección de América Latina. Tenía veintinueve años y aquello me pareció una gran oportunidad personal, pero estaba casado y teníamos una niña pequeña que se había quedado en España porque no podíamos permitirnos llevarla a Harvard. Mi mujer me dijo que se volvía, así que regresamos ambos. Nada más llegar, un amigo me sondeó sobre la posibilidad de incorporarme al FMI, donde hubiese sido el primer español. Dije que no por las mismas razones. Incluso también me ofrecieron irme con contrato fijo a la OCDE en París, pero, una vez más, tuve que rechazar la oferta. Y eso determinó mi destino.